

# La emergencia de una “nueva generación literaria” en la Argentina de los años veinte.

Vazquez, Karina.

Cita:

Vazquez, Karina (2017). *La emergencia de una “nueva generación literaria” en la Argentina de los años veinte. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/511>

## **XVI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA**

9 al 11 de agosto de 2017

Mar del Plata-Buenos Aires

**MESA 94:** “Política y Cultura en la Argentina de Entreguerras”

**Título de la Ponencia:** La emergencia de una “nueva generación literaria” en la Argentina de los años veinte.

**Autora:** Dra. Karina Vasquez (UNQ/UBA)

**Pertenencia Institucional:** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes/ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Correo electrónico: [kvasquez@gmail.com](mailto:kvasquez@gmail.com)

**PARA PUBLICAR EN ACTAR**

### **La emergencia de una “nueva generación literaria” en la Argentina de los años veinte.**

Sabemos que, en líneas generales, las preguntas centrales de las vanguardias latinoamericanas en los años veinte giraron en torno a cómo construir una literatura y una cultura nacional que ingrese legítimamente en el canon de la cultura universal. Y en el caso argentino particularmente, los jóvenes intelectuales que se denominaron a sí mismos la “nueva generación” reflexionaron sobre estas preguntas en sus propias revistas y emprendimientos compartidos que funcionaron como espacio de elaboración de proyectos intelectuales y relaciones afectivas<sup>1</sup>.

Este trabajo pretende explorar el mapa de esta “nueva generación” que diseña la encuesta publicada en la revista *Nosotros* entre mayo y septiembre de 1923. Nuestro objetivo principal es analizar cómo algunos reconocimientos, tensiones y autodefiniciones

---

<sup>1</sup> -. Esta ponencia se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación “Edición independiente y tecnologías digitales: transformaciones emergentes en el campo de las revistas culturales”, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes.

plasmados en dicha encuesta van a aparecer paulatinamente desplazados y transformados en los emprendimientos juveniles que se consolidan a mediados de los años veinte. Ciertamente, para 1923, un amplio espectro de jóvenes escritores reconoce –más allá de las diferencias y críticas- la visibilidad de la propuesta ultraísta. Para mantener esa visibilidad y transformarse efectivamente en una de las vertientes de la vanguardia estética local, esos jóvenes preocupados por la renovación estética van a moderar, y finalmente abandonar su adhesión al ultraísmo, gesto que conlleva la obligación de redefinir los estrechos vínculos y contactos con los intelectuales españoles.

Nuestro análisis pretenderá mostrar cómo la preocupación por la actualización de la cultura y la renovación estética va a ser objeto a lo largo de los años veinte de algunas modificaciones y reformulaciones cruciales que permitirán a los jóvenes escritores argentinos –en consonancia con las premisas y búsquedas propiciadas por la Reforma Universitaria- replantear su papel en la construcción de una literatura y una cultura nacional.

## I.

En mayo de 1923, la revista *Nosotros* presenta “Nuestra encuesta sobre la nueva generación literaria”, asociando ya en el título las referencias a una “nueva generación” –que hasta entonces había circulado más bien en los contextos ligados al reformismo- con el ejercicio profesional de la literatura, aludiendo a la búsqueda de una renovación estético-literaria. Tal como ha señalado Leticia Prislei<sup>2</sup>, la revista abre su espacio a un amplio espectro de jóvenes, los reconoce como escritores y los presenta como tales, a condición de que armen un mapa dónde sea explicitado, por un lado, cuál es la “orientación estética” a partir de la cual cada uno se ubica frente a sus pares; y, por otro, cuáles son las figuras de la intelectualidad local cuyo magisterio reconocen. En este sentido, ya en la presentación de la encuesta es posible visualizar la necesidad de enfatizar con sutileza una fuerte diferencia con el planteo orteguiano de la clave generacional. Como sabemos, Ortega abre *El tema de*

---

<sup>2</sup> -. Cfr. Prislei, Leticia; “*Nosotros* y la “nueva generación”: Una lectura sobre la tramitación de las diferencias entre los ‘20 y los ‘30” en *Entrepasados. Revista de Historia*, Bs. As., año VIII, núm. 16, principios de 1999, pp. 43-64.

*nuestro tiempo* con un párrafo dedicado a “La idea de las generaciones”<sup>3</sup> donde organiza tópicos que ya había puesto en circulación en intervenciones anteriores: allí considera que los “síntomas” decisivos que definen una época no deben ubicarse tanto en el plano de las transformaciones industriales o políticas, sino más bien en el de “las ideas, de las preferencias morales o estéticas”, tópicos que configuran una “sensibilidad vital” y modelan a un tipo de “generación”. Es así que distingue entre generaciones que sienten “una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio”, generaciones que configuran “épocas cumulativas”, donde los jóvenes se solidarizan con los viejos; y generaciones que experimentan “una profunda heterogeneidad” con respecto a lo anterior y se ubican como “generaciones de combate” que configuran “épocas eliminatorias y polémicas”. Para Ortega, para los lectores de *El tema de nuestro tiempo* y de la recién aparecida *Revista de Occidente*, el presente se caracteriza como uno de estos momentos donde se da una profunda variación de sensibilidad, donde una nueva sensibilidad empuja a una generación de jóvenes a la “beligerancia constructiva” con respecto a sus mayores. Sin duda, este es uno de los tópicos de la reflexión orteguiana que ejercía una poderosa atracción sobre los jóvenes intelectuales latinoamericanos, cuyos ecos aparecerán reiteradamente tanto en las reseñas y comentarios del libro como en diversos manifiestos juveniles.

Tal como dijimos, en la presentación de la encuesta, pareciera que *Nosotros* sugiere otro enfoque sobre la clave generacional:

“¿Cuál es la orientación estética de la generación de escritores argentinos que no ha pasado aún de los treinta años? ¿Qué inquietud la agita? ¿Qué la distingue de las que la precedieron? ¿Ha sido alcanzada por el movimiento de ideas que en toda Europa pone a los jóvenes en disidencia con los escritores representativos de la pre-guerra? (...)”

Tan inquieto anda el mundo, que de todas partes llegan invitaciones de rebeldía. Los jóvenes siempre oyen esas invitaciones. Pero la rebeldía supone un señorío anterior. Una época no puede negar a otra, si ésta no ha tenido fisonomía propia, rasgos inconfundibles. La inquietud juvenil cree casi siempre en una tiránica trabazón de hechos que se opone a su fácil expansión y expresión. Por eso se rebela. Pero advierte a veces que su protesta no

---

<sup>3</sup> -. Véase Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (Primera edición: 1923) – *La Rebelión de las Masas*, México, Editorial Porrúa, 1992, pp. 5-8.

tiene eco ni levanta resistencia. No tiene eco, porque su voz no nace de la verdad; no es resistida, porque no hay fuerza que se sienta herida. Vuelve entonces la calma momentánea. Horas de calma parecen ser las actuales. ¿Pero lo son, ciertamente? ¿No nos engañaremos? ¿Para saberlo con precisión, NOSOTROS ha iniciado una encuesta sobre las tendencias de la nueva generación literaria”.<sup>4</sup>

En efecto, pareciera que la pregunta central de la encuesta –en torno a la orientación estética que anima a los jóvenes escritores- está atravesada por la preocupación que instala la clave generacional, como si la revista intentase indagar o dejar instalada la inquietud sobre qué acercamientos o distancias estos jóvenes intelectuales sostienen con respecto a figuras consagradas o reconocidas de la generación anterior. Y justamente por ello, de las siete preguntas que conforman la encuesta<sup>5</sup>, tres solicitan que se explicita a qué escritores mayores de treinta años respeta o admira como maestro en distintos espacios de producción –poesía, prosa, etc.-. Debemos resaltar que sobre esa relación entre jóvenes y figuras establecidas, los directores de la revista tienen una posición y la explicitan en el enunciado de la encuesta: para *Nosotros*, no existe la posibilidad de una “generación combativa” – como diría Ortega- dado que la misma no encontraría en estas tierras nada que combatir, primero porque, a diferencia de Europa, no hay un “señorío anterior” o instituciones fuertes que ofrezcan una efectiva “resistencia” a los planteos juveniles; y segundo, porque –como consecuencia de lo anterior.-, es obvio para *Nosotros* –como ella misma lo muestra- que nadie les ha negado a los jóvenes ningún espacio, dado que *casi* todos ellos están vacíos y disponibles para el ejercicio juvenil de la profesión literaria. La encuesta apuesta en sus preguntas a revelar los puntos de contacto que unen a ciertos jóvenes entre sí, y a estos con sus mayores, o por lo menos con las figuras representativas o reconocidas de la generación anterior.

---

<sup>4</sup> -. “Nuestra Encuesta sobre la Nueva Generación Literaria”, *Nosotros*, Buenos Aires, año XVII, mayo de 1923, núm. 168, pp. 5-6.

<sup>5</sup> -. Las preguntas de la encuesta son las siguientes: “1° Como es Ud. joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene Ud?; 2° ¿Hay entre Ud. y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?; 3° Algunos otros jóvenes de su época, ¿están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?; 4° De los escritores mayores de treinta años, ¿cuáles merecen su respeto? ¿En alguno reconocería Ud. a un maestro?; 5° ¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que Ud. respeta más?; 6° ¿Cuáles, los prosistas?; 7° ¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree Ud. más asegurado?”, *Ibidem*, p. 6.

A lo largo de cinco números, la revista publica 44 respuestas<sup>6</sup>, que abarcan un amplio espectro de la “nueva generación literaria”, tan amplio que nos encontramos con casos como el de Aníbal Ponce, quien no se siente del todo cómodo respondiendo “una encuesta destinada exclusivamente al mundo literario”<sup>7</sup>; o con otros casos donde la propia inscripción dentro de ese mundo literario es todavía muy débil.

Sobre la generación anterior, no hay una posición unánime, pero sí una constelación de nombres que se repiten con más frecuencia en las respuestas: la mayoría reconoce el respeto o la admiración hacia la obra de Lugones, Ingenieros, Rojas, Groussac, Fernández Moreno, Arturo Capdevila, y en algunos casos se suman los nombres de Manuel Gálvez, Enrique Banchs, Joaquín V. González, Juan Agustín García, Arturo Cancela, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni entre los mencionados con más frecuencia. Muchos como Héctor Ripa Alberdi subrayan que, a pesar del respeto y en algunos casos la admiración, no puede “reconocer en ellos a ningún maestro”, otros se muestran más elusivos –como es, por ejemplo, el caso de Borges quien escuetamente señala que “todos algo me han enseñado, desde Cadmo a Macedonio Fernández”-, y algunos entre los más jóvenes recurren al humor para impugnar o negar el reconocimiento específico a algunas figuras como Lugones, Rojas o Gálvez.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> -. Respondieron la encuesta: Enrique Méndez Calzada, José Gabriel, Héctor Ripa Alberdi, Roberto Smith, Jorge Luis Borges, Francisco López Merino, E. M. S. Danero, Enrique M. Amorim, Roberto Ortelli en “Nuestra Encuesta sobre la Nueva Generación Literaria”, *Nosotros*, Buenos Aires, año XVII, mayo de 1923, núm. 168, pp. 5-25; Julio V. González, Brandán Caraffa, Ernesto Laclau, Mayorino Ferrarías, Conrado E. Eggers-Lecou, Guillermo Juan en *Idem*, junio de 1923, núm. 169, pp. 266-282; Aníbal Ponce, Homero Guglielmini, Marcos Lenzoni, A. Salvador Irigoyen, Bartolomé Galíndez, Eduardo González Lanuza, V. Ruiz de Galarreta, Hernán Gómez, Córdova Iturburu, Leopoldo Marechal, Elías Carpena, Roberto Ledesma en *Idem*, julio de 1923, núm. 170, pp. 386-412; Julio Irazusta, Alfredo Bufano, Luis Reissig, Héctor Rodríguez Pujol, Bernardo Escliar, Lorenzo Stanchina, Nicolás Olivari, Pablo Barrenechea, Alfredo Orgaz, Angel Battistesa, en *Idem*, Agosto de 1923, pp. 510-541; Atilio García y Mellid, Santiago Ganduglia, R. Pineda Yañez, Fernando Antuñano, Julio Dillon, Juan Antonio Villoldo, Schendi Arcelus, *Idem*, septiembre de 1923, pp. 103-124.

<sup>7</sup> -. “Nuestra encuesta sobre la nueva generación literaria”, en *Nosotros*, Bs. As., año XVII, julio de 1923, núm. 170. “De Aníbal Ponce. Estimado Noé: Conoce usted mis escrúpulos. Sabe cuánto he vacilado en responder una encuesta destinada exclusivamente al mundo literario. Me considero un poco extraño a causa de la índole de mis estudios habituales...” (p. 286)

<sup>8</sup> -. Así, por ejemplo, Roberto A. Ortelli no contesta la cuarta pregunta, e ironiza en la quinta y sexta –donde se inquiera sobre los tres o cuatro poetas y prosistas que respeta de la generación anterior-: “¿Tres o cuatro poetas nuestros respetables? ¡Vamos señores directores!... Es que crearán uds. Acaso en la enormidad de Lugones? (“Nuestra Encuesta sobre la nueva generación literaria”, *Nosotros*, Bs. As., mayo de 1923, núm. 168, p. 25). Véase también la respuesta irreverente de Guillermo Juan, quien señala: “En lo de maestros: Ni el eminente lector Leopoldo Lugones, culpable del *Nulario Sentimental*, ni el grandioso peluquero Ricardo Rojas, ni el viajero inmóvil Bartolomé Galíndez que desde los retiramientos de Caballito, ensalza los paisajes del Indostán, ni Alvaro Melián Lafinur cuyos triolets nunca igualarán la prócer dignidad de sus cuellos, ni el

Vale la pena destacar que quienes más enfáticamente afirman la distancia con la generación anterior –Brandan Caraffa y Homero Guglielmini responden a la encuesta en los números 169 y 170, adelantando explícitamente la posición juvenilista que afirmarían en el primer número de *Inicial-*, a pesar de la diatriba contra la “frivolidad”, “dilentatismo” o la “pedantería” de la generación anterior, no se privan de afirmar explícitamente el magisterio de Joaquín V. González en el caso de Caraffa, y de Ricardo Rojas en el de Guglielmini.

Hay que tener en cuenta también que, como la encuesta presenta progresivamente las respuestas, las últimas entregas generan ocasiones donde se responde no sólo a la encuesta, sino también a posiciones sostenidas en anteriormente por otros colegas. Así, por ejemplo, en el último número, Juan Antonio Villoldo se burla de las opiniones iconoclastas de algunos de sus compañeros:

“He observado que hoy se exclama –No tengo maestros- con el aire triunfal de quien pregona –No tengo juanetes- o –No tengo entradas en la policía-; sin embargo yo creo que podemos darnos el lujo de tener maestros por docenas: maestros de literatura, de pintura, de derecho, de esgrima, de baile y de filosofía, sin arriesgar por eso ni un adarme de nuestra dignidad; porque vamos a cuentas: ¿qué águila no fue huevo?; ¿qué Hércules de feria no comenzó siendo niño de teta? O preferís el ejemplo más ilustre, ¿qué Dante no necesitó un maestro para atravesar la selva oscura de su propia comedia?

Pero aún hay más, la encuesta arrecia y éste se jacta de no saber quién es el señor Ingenieros, ese de no haber leído nunca al peluquero Rojas, y aquel de compadecer al novelista semanal que sería Gálvez. ¿Alcanzáis el ridículo de tales omisiones y reparos? es el *mors tua, vita mea*, puesto en juego por una docena de jóvenes piratas, nada menos que con vistas a la selección al revés; *mors tua, vita mea*, que se traduce al criollo en el ya clásico –Hay que reventar a Lugones-, grito de guerra, santo y seña de cuanto efebo acude a los cafés, en procura de mala vida literaria.”<sup>9</sup>

Pareciera aquí que lo que Villoldo llama “el grito de guerra” de “hay que reventar a Lugones” o “hay que liquidar al modernismo” que sostienen explícitamente los jóvenes

---

Coronado fiscal de la República de las letras podría obligarme a reconocerlos”, *Idem*, junio 1923, núm. 169, p. 282.

<sup>9</sup> -. *Idem*, septiembre de 1923, núm. 172, p. 119.

ultraístas, ya está –quizás en versiones más moderadas- más o menos instalado en un espectro más amplio de jóvenes escritores, que encuentran en el “café” un espacio de sociabilidad y encuentro con sus pares. De hecho, estos espacios se transforman en un tema que aparece en la encuesta con distintas modulaciones, asociado a los problemas que plantea la progresiva y creciente profesionalización de la actividad literaria. Así, por ejemplo, para E.M.S Danero, quien considera que no hay entre los jóvenes “una común orientación estética” y, sin embargo,

“Creo, sí, que si algo de común existe es el deseo de trabajar, de publicar y de... cobrar. Y, eso, aunque algunos se escandalizarán, hay que hacerlo constar. Se trabaja mucho y, lo que jamás ha ocurrido hasta hoy, se puede vivir de la pluma.”.

Y, sobre el final, agrega:

“La generación formada por hombres no mayores de los treinta años, más que otra cosa, trabaja. Los cafés y cenáculos van quedando para los menos. Las capillas literarias han concluido”<sup>10</sup>

De modo análogo, Córdova Iturburu considera que la creciente profesionalización es una marca que distingue a los jóvenes de las “rápidas improvisaciones”, propias de la generación anterior, con frecuencia inmersa en un sinnúmero de actividades ajenas a lo propiamente artístico.

Ahora bien, si está nueva generación -como dice Danero- “trabaja” y puede vivir de la pluma, ¿cómo visualiza las condiciones en que se da ese trabajo y en qué medida este resulta cada vez menos compatible con la sociabilidad de los cafés, cenáculos y capillas literarias? Ciertamente, la encuesta exhibe la presencia de grupos y capillas literarias –que se reconocen, y a veces solapada o abiertamente se atacan entre sí-, pero también podríamos considerar que en líneas generales encontramos una crítica –muy moderada- frente a esa profesionalización a la cual en ocasiones se visualiza deslindada de los “cafés”,

---

<sup>10</sup> -. *Idem*, mayo de 1923, núm. 168, p. 20 y 22.



encuentros y proyectos compartidos. Así, por ejemplo, Bernardo Escliar en su escueta respuesta señala:

“Ante todo, y dado el estado de cosas, no creo que los escritores puedan hablar de orientaciones estéticas. Nuestra literatura vive particularmente en publicaciones periódicas que responden al cálculo personal del editor. Es él quien impone normas de conducta; y es él pues y no los que escriben en sus publicaciones, quién podría hablar de ellos”.<sup>11</sup>

A diferencia de lo que ha señalado Real de Azúa<sup>12</sup> con respecto al modernismo, pareciera que la creciente especificidad o profesionalización que los arrastra al “trabajo” no es la fuente principal del malestar, sino más bien este se concentra en las condiciones de subordinación propias del ejercicio de la actividad literaria en el ámbito periodístico, que en ocasiones impide o entorpece el desarrollo de una “orientación propia”. Ciertamente, debemos adelantar que esta situación va a tender a modificarse a lo largo de la década del veinte: a medida que avanza la década, los jóvenes escritores ingresan a las redacciones de los diarios, difundiendo desde allí hacia un público masivo sus notas, intereses y orientaciones estéticas<sup>13</sup>. Pero para que se diera este cambio, fue necesario que existieran y se consolidaran las revistas y emprendimientos propios, cuya organización supone también la proliferación de “cafés” y cenáculos, es decir de estructuras de sociabilidad que hagan posible sostener y dotar de visibilidad a esos proyectos compartidos. En este sentido, aparece claramente esta necesidad de crear y/o consolidar espacios comunes. Así, por ejemplo, Leopoldo Marechal señala:

“No creo que haya una comunidad de orientación entre los escritores de mi época. Hay entre ellos algunos espíritus dignos de atención, pero sus esfuerzos son aislados y de una diversidad desconcertante. No nos conocemos: falta entre nosotros esa vinculación

---

<sup>11</sup> -. *Idem*, Agosto de 1923, p. 521.

<sup>12</sup> -. Cfr. Real de Azúa, Carlos; “Modernismo e ideologías”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, año IX, núm. 28, nov. 1986.

<sup>13</sup> -. Cfr. Saítta, Sylvia; “Nuevo periodismo y literatura argentina”, en Manzoni, Celina (Dir.), *Historia Crítica de la literatura argentina. Rupturas*, vol. 7, Buenos Aires, Emecé Editores, 2009, pp. 239-262. Véase también, Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario CRITICA en la década del veinte*, Bs. As, Editorial Sudamericana, 1998, pp. 157 y ss.

espiritual de cenáculo, que permite el intercambio de valores y sirve a la juventud de disciplina y estímulo”.<sup>14</sup>

El trabajo, sin una “comunidad” que permita discutir y elaborar proyectos comunes, corre serios riesgos: ya sea el de quedar circunscripto o subordinado a las decisiones de otro (editor, periódico, etc.), ya sea el proliferar inútilmente sin formar ni a un público ni a un círculo de pares que lo reconozca.

Más allá de estos riesgos, es evidente en la encuesta que, si bien muchos subrayan que no existe una orientación estética común, aparecen distintos grupos, cenáculos o capillas literarias, a partir de los cuales ellos –tal como lo pide el enunciado de la encuesta- se visualizan a sí mismos y a sus pares. Hay ocasiones en que la pertenencia a un grupo es reconocida sin ambages, y en otros es afirmada de un modo más bien vago, pero en líneas generales podemos identificar los siguientes grupos:

- 1) En primer lugar a los jóvenes novecentistas, liderados por Héctor Ripa Alberdi y Jorge Max Rodhe, quienes en principio van a encontrar su base de operaciones en las filas del reformismo platense.
- 2) En segundo lugar, al grupo de aquellos que –en algunos casos, de modo muy laxo- aceptan la denominación de “veristas” o “realistas”, grupo que muchos ven encabezado por el activismo y la productividad de José Gabriel, pero en cuyas filas se inscriben Alfredo Bufano, Roberto Mariani, Pedro Herreros, Nicolás Olivari, Lorenzo Stanchina, y Santiago Ganduglia, entre otros.
- 3) En tercer lugar, pareciera que el grupo de los primeros directores de *Inicial*, Brandán Caraffa, Roberto Smith y Homero Guglielmini (con excepción de Roberto Ortelli, que se reconoce ultraísta) conforman su propio cenáculo que ya está centrado –como declara Guglielmini- en la defensa de “la revista sana y seria que sea el exponente fiel de la novísima generación intelectual”<sup>15</sup>.
- 4) En cuarto lugar, encontramos a los jóvenes nucleados en el Ateneo Universitario, que aparecen mayormente en el último número de la encuesta, Atilio García Mellid, Fernando Antuñano, Juan Dillon y Juan Antonio Villoldo.

---

<sup>14</sup> -. “Nuestra encuesta sobre la nueva generación literaria”, *Nosotros*, Bs. As. año XVII, julio 1923, núm. 170, p. 410.

<sup>15</sup> -. *Idem*, julio de 1923, núm. 170, p. 391.

- 5) Y, *last but not least*, debemos mencionar a los que se reconocen como ultraístas: Jorge Luis Borges, Francisco López Merino, Roberto Ortellí y Eduardo González Lanuza.

Hay muchos que no se reconocen en ningún grupo, entre los cuales resulta relevante el caso de Julio V. González porque es uno de los pocos –junto con Alfredo Bufano– que arma como una especie de “mapa” de la nueva generación. En general, o bien evitan la adscripción a alguno de estos espacios, o se dedican a la defensa acotada de su perspectiva frente a los que consideran sus “adversarios” más cercanos, por eso la mirada más amplia de González y Bufano marca una diferencia.

Resulta significativo que casi todos tienen algo para decir –ya sea a favor o en contra– sobre el ultraísmo o alguno de los ultraístas. Salvo por la competencia entre José Gabriel y Ripa Alberdi –que posiblemente tiene su origen en las coincidencias que sostienen con matices desde la fundación del Colegio Novecentista en 1917–, pareciera que no hay demasiada interacción entre los diversos grupos, y sin embargo, casi todos tienen algo para acotar sobre el ultraísmo. Algunos como Roberto Smith asumen una defensa un tanto irónica<sup>16</sup>, otros se preguntan si en medio de la desorientación general, “¿no serán los ultraístas los únicos orientados?”<sup>17</sup>, y hay varios que afirman que, entre los poetas jóvenes, sólo el ultraísmo presenta una “orientación definida”. Ahora bien, así como en algunas respuestas el ultraísmo genera un comentario simpático o neutro, en otros casos arreceja la crítica, la crítica informada y razonada –como expone Julio V. González<sup>18</sup>–, y en otros la crítica

---

<sup>16</sup> -. “Los ultraístas, que a mí me divierten mucho, y que tienen preciosos poemas de verdadero valor emocional, son los únicos escritores de mi época que poseen una orientación neta, es decir que saben lo que no quieren, tienen sus recetas para hacer versos, en los cuales juega un papel importante la Geometría Descriptiva aplicada a las imágenes en tres y seis planos, etc. y ellos son distintos de mí. Yo no tengo afinidades de escuela con nadie”, en *Idem*, mayo de 1923, núm. 168, p. 14.

<sup>17</sup> -. Respuesta de Mayorino Ferrarías, en *Idem*, junio de 1923, núm. 169, pp. 277-278.

<sup>18</sup> -. Dice Julio V. González: “En poesía, a los primeros que debo referirme es a los embanderados en las llamadas escuelas de vanguardia. Resúltame motivo de asombro que pueda perseguirse un ideal estético mediante las teorías del dadaísmo o del ultraísmo, ambas hijas gemelas del futurismo. Proclamarse adoradores de la metáfora para llegar así al “desiderátum” de la perfección literaria y dar con la clave de la belleza poética, no puede aceptarse sino como una ingeniosa travesura, porque la metáfora no puede pasar nunca de un medio para transmitir la emoción estética, y hacer del medio un fin significa reducir a la poesía a su más ínfima condición.” *Idem*, junio de 1923, núm. 169, p.270. Creo que más allá de la crítica es interesante el esfuerzo que hace Julio V. González por ubicar al ultraísmo en un contexto más amplio, mostrándose a la vez como un conocedor del mismo. Por otro lado, la definición del ultraísmo como una “travesura” va a ser también retomada por el propio Borges, apenas unos meses después, cuando quiera más bien afirmar la distancia de dicho movimiento.

jocosa que solamente aspira a descalificar al adversario, tal como procede Leopoldo Marechal cuando escribe:

“Voy a valerme de una figura para definir al ultraísmo: un pavo real disecado que deja ver hasta el alambre que le sostiene la cola”<sup>19</sup>.

No falta tampoco la referencia a la “enfermiza pretensión de los ultraístas imberbes que hablan de estéticas comunes”<sup>20</sup>, pero en líneas generales, ya sea que se manifieste simpatía o rechazo, a pesar de que no conforman un gran número en la encuesta, los ultraístas gozan proporcionalmente de una enorme visibilidad entre sus pares.

Podemos conjeturar que dicha visibilidad se debe al activismo de algunos de sus protagonistas, a la participación en las revistas ultraístas españolas, pero sobre todo a la prédica articulada en emprendimientos propios, como fueron la revista mural *Prisma* que apareció en forma de carteles en las calles de Buenos Aires en 1921 y la primera época de *Proa* en 1922. Estos proyectos tuvieron una duración efímera, de hecho apenas salen dos números de *Prisma*, y tres de la primera época de *Proa*. En el primer número de *Prisma*, aparece la “Proclama”<sup>21</sup> –firmada por Guillermo de Torre, Guillermo Juan, Jorge Luis Borges y Eduardo González Lanuza- que en la línea de otros manifiestos ultraístas que Borges había firmado expresaba de manera irreverente y provocativa una clara oposición a la estética modernista. Del mismo modo, la revista *Proa* en el segundo número de la primera época cambia su modo de presentación de “Revista de Literatura” a “Revista de renovación literaria”, subrayando ya desde el título la búsqueda de una renovación estética. Es decir, podríamos considerar que el gesto juvenil y provocativo de oposición explícita al modernismo –junto a la participación en revistas locales y extranjeras- les concedió una notable visibilidad. Estos elementos no van a alcanzar para que estos jóvenes ultraístas se transformen en una de las vertientes de la vanguardia estética: para ello, van a necesitar, por un lado, concebir la renovación estética como un problema más amplio que la oposición al modernismo y su poética; y, por otro, van a tener que interactuar con otros grupos o

<sup>19</sup> -. Respuesta de Leopoldo Marechal, en *Idem*, julio de 1923, núm. 170, p. 410.

<sup>20</sup> -. Respuesta de Atilio García y Mellid, del Ateneo Universitario, en *Idem*, septiembre de 1923, núm. 172, p. 104.

<sup>21</sup> -. Puede consultarse en Borges, Jorge Luis, *Textos recobrados 1919-1929*, Bs. As. Emecé, 1997, pp. 122-124.

cenáculos, inaugurando un intercambio que -sin pasar por alto diferencias, debates y confrontaciones- supondrá reconocimientos mutuos y actividades comunes.

## II.-

En esta dirección, me gustaría realizar algunas reflexiones generales en torno a las revistas *Martín Fierro* (1924-1927) y la segunda época de *Proa* (1924-1926), a fin de sugerir cómo estos jóvenes que en la encuesta de 1923 aparecen instalados en el “ultraísmo” se van a transformar en una de las vertientes de la vanguardia local a partir de dos operaciones: la primera supondrá abandonar esa posición, es decir dejar atrás tanto el modernismo como al ultraísmo; y la segunda será la de generar una red de intercambios con otros agrupamientos juveniles, red que hará visibles debates y enfrentamientos –algunos solapados, otros explícitos-, pero también permitirá la emergencia de actividades, ámbitos de encuentro y proyectos compartidos.

Así, en esta segunda época, *Proa* se propone como una “tribuna” amplia, que pretende acoger a distintas voces:

“PROA quiere ser el primer exponente de la unión de los jóvenes. Por esto damos un carácter simbólico al hecho de ser fundada por cuatro jóvenes en distintos ambientes. Aspiramos a realizar la síntesis, a construir la unidad platónica sin la cual jamás alcanzaremos el estilo, secreto matiz que sólo florece en la convergencia esencial de las almas. Queremos que se entienda bien, que no pretendemos fusionar a los grupos dispersos, malogrando tendencias y ahogando personalidades. Nuestro anhelo es el de dar a todos los jóvenes una tribuna serena y sin prejuicios que recoja esos aspectos del trabajo mental que no están dentro del carácter de lo puramente periodístico.”<sup>22</sup>

El énfasis en subrayar que los cuatro “jóvenes” –Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa, Ricardo Güiraldes<sup>23</sup> y Pablo Rojas Paz – han sido “formados en distintos ambientes” –es decir, arrastran preferencias estéticas diferentes- insinúa que en esta segunda época *Proa* ya

<sup>22</sup> -. “Proa” en *Proa*, Bs. As., año I, núm. 1, agosto de 1924, p. 6.

<sup>23</sup> -. Ricardo Güiraldes (1886-1927) aparece en todas las menciones entre los jóvenes, pero como Macedonio o Evar Mendez, esta posición no responde a la cronología.

no será una revista encolumnada en el ultraísmo. De hecho, las colaboraciones del primer número –como las de Luis Soto, Raúl González Tuñón o Andrés L. Caro muestran ese “espíritu amplio” que se desea promover. Junto con esto, en su reseña de “Acotaciones” de Eduardo González Lanuza, el propio Borges se va a encargar de despedirse del ultraísmo, reconociendo sus logros, marcando sus limitaciones y subrayando finalmente la conclusión de esa etapa<sup>24</sup>.

Ahora, si *Proa* se propone recoger lo que – por así decir- queda “fuera” del ámbito periodístico –ya sea porque los periódicos no lo publican o no lo compran- *Martín Fierro* se presenta desde sus comienzos como un “Periódico quincenal de arte y crítica libre”<sup>25</sup>. Dirigida por Evar Méndez, recién en el número 12-13, va a explicitar “¿Quién es Martín Fierro?”, distinguiendo entre tres círculos: a) el núcleo activo de *Martín Fierro* que presenta como fundadores una serie heterogénea de nombres: por un lado, los miembros de la anterior revista de 1919, entre los que se encuentran el propio director Evar Méndez, José B. Cairola, Leonidas Campbell, H. Carambat, y, por otro lado, los más jóvenes, como Córdova Iturburu, Luis Franco, Oliverio Gironde, Ernesto Palacio, Ricardo Güiraldes, Luis Góngora, Emilio Pettoruti, Dr. Sergio Piñeiro, Arq. Alberto Prebisch, Pablo Rojas Paz y Xul Solar; b) Por otro lado, un núcleo de colaboradores, entre los que ubica a Borges, Brandán Caraffa, Pedro Figari, Raúl González Tuñón, Francisco López Merino, Leopoldo Marechal, etc.; c) y por último aclara que “MARTIN FIERRO, además de colaboraciones de la mayoría de los anteriores, ha publicado textos de Dr. Mariano Barrenechea, Dr. Mario Bravo, Pablo Della Costa, Fernando Fáder, Dr. Macedonio Fernández, Santiago Ganduglia, Samuel Glusberg, Carlos M. Grunsberg, Alberto Gutiérrez Castro, Luis María Jordán, Nora Lange, Leopoldo Lugones, Roberto Mariani, Conrado Nalé Roxlo, Nicolas Olviari, A. Rega Molina, Ricardo Rojas, Vicente De Sierra, Andrés Terzaga, Pedro Juan Vignale”<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> -. “González ha logrado el libro nuestro, el de nuestra hazaña en el tiempo y el de nuestra derrota en lo absoluta. Derrota, pues las más de las veces no hay una intuición entrañable vivificando sus metáforas; hazaña, pues el reemplazo de las palabras lujosas del rubenismo por las de la distancia y el anhelo es, hoy por hoy, una hermosura”. Borges, Jorge Luis; “Acotaciones” en *Idem*, pp. 80-82.

<sup>25</sup> -. Para un análisis de los sentidos condensados en el formato periódico, véase Traversa, Oscar; “*Martín Fierro* como periódico” en Manzoní, Celina (Dir.), *Historia Crítica de la literatura argentina. Rupturas*, vol. 7, *Op. Cit.*, pp. 147-165.

<sup>26</sup> -. “¿Quién es Martín Fierro” en *Martín Fierro*, segunda época, año I, núm. 12-13, octubre –nov. 20 de 1924, en *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar* (en adelante *MF*), Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995, p. 87.

Si bien es una lista extensa, me pareció importante transcribir los nombres que aparecen en tres “círculos” que participan en la elaboración de la revista, porque es evidente *Martín Fierro*- periódico no tiene que afirmar –como *Proa*- la diferente formación, independencia y en definitiva la diversidad de elecciones estéticas que sostienen sus fundadores y colaboradores: la extensa lista ya genera ese efecto de “tribuna amplia”, que frecuentemente ejerce la crítica, la impugnación y la burla irónica contra diferentes adversarios, pero –y es importante subrayar este punto- no excluye a nadie. De hecho, Mariani va a representar un problema, tanto para *Martín Fierro* como para *Proa*. En el primer caso, porque la crítica al cosmopolitismo y al “escandaloso respeto a Lugones”<sup>27</sup> abre una especie de “frente interno” en *Martín Fierro* en torno a Lugones y al criollismo que, como sugiere la fría recepción de los libros de ensayos de Borges, no termina de ser zanjado en la revista. Y en el segundo caso, porque expone a la revista a un conflicto que no desea, con los mexicanos por un lado, pero más enfáticamente con los españoles, criticando los “entusiasmos baratos” de Alfonso Reyes con Azorín y Gómez de la Serna<sup>28</sup>. A pesar de estos enfrentamientos –que en algunos casos se prolongan en un debate y en otros no-, *Martín Fierro* no deja de recibir las colaboraciones de Olivari, Ganduglia, o del propio Mariani, quienes incluso están presentes en las actividades –los banquetes- que organiza la revista<sup>29</sup>. Además, cabe mencionar que la revista dedica –en los primeros números con regularidad, después esporádicamente- un espacio a los “Cafés, Redacciones y

---

<sup>27</sup> -. Delicias que permite el formato periódico: la revista publica el artículo de Mariani, “Martín Fierro y yo”, literalmente al lado de un artículo titulado “Ecce homo” –que continúa de la primera página- , gesto que permite leer en la misma página por un lado la crítica de Mariani, que sostiene “Hay un pecado capital en MARTIN FIERRO: el escandaloso respeto al maestro Lugones. Se lo admira en todo, sin reservas; es decir: como prosista, como versificador, como filólogo, como fascista”; y por otro en la columna de la izquierda, se lee: “Y aquí al hombre que no tiene miedo de echarse encima las consecuencias de coincidir con los que sienten el fracaso de la democracia, la inutilidad de los parlamentarios y quisieran el gobierno de los mejor calificados, y llega a dar conferencias en la Liga Patriótica, se niega a solidarizarse con Unamuno en contra del Directorio, cree en Italia a pesar de Mussolini. ¿Vamos a repudiarle por eso? No. Aunque no estemos de acuerdo, seguiremos creyendo a Lugones la cabeza más alta y firme de América Intelectual”. Véase Mariani, Roberto; “Martín Fierro y yo” y E.M. (Evar Mendez), “Ecce Homo” en *Martín Fierro*, segunda época, año I, núm 7, 25 julio de 1924 en *MF*, op. Cit., p. 46.

<sup>28</sup>-. Mariani, Roberto; “Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes” en *Proa*, Buenos Aires, año I, núm. 3, octubre de 1924, pp. 57-60.

<sup>29</sup> -. Así, por ejemplo, vale la pena mencionar la presencia de la presencia de los hermanos Tuñón y Nicolás Olivari en “Notas de Martín Fierro. La comida en honor a Evar Mendez”, *Martín Fierro*, segunda época, año II, núm. 16, mayo 5 de 1925, en *MF*, op. Cit., p. 108; y la presencia de Roberto Mariani, Santiago Ganduglia, Luis Emilio Soto, Pedro Juan Vignale en “la comida mensual de los componentes de *Proa* y *Martín Fierro*”, en esa ocasión dedicado al regreso de Gironde de su gira americana-europea, donde “llevó la representación de las revistas jóvenes de Buenos Aires, La Plata y Montevideo”, “Notas sobre Martín Fierro”, *Martín Fierro*, segunda época, año II, núm. 17, en *MF*, op. Cit., p. 117.

Ateliers”, espacio de difusión que funciona de una manera sutil como acercamiento de esas figuras a las páginas de *Martín Fierro*, así por ejemplo, llama la atención el espacio dedicado al conocido “Simposio de Agathaura”, “institución porteña creada con el objeto de comer en institución o en patota”<sup>30</sup>, en referencia a las cenas promovidas por los redactores de *El Hogar*, encabezados por Ortiga Anckermann, Méndez Calzada y Nicolás Coronado, donde además participan un amplio espectro de jóvenes. También *Martín Fierro* se va a preocupar de comentar las novedades literarias que aparecen en los diarios, y acompañar no sólo la aparición de nuevas revistas juveniles, sino también, en ocasiones, las de sus respectivos números.

Ciertamente, como sostiene Beatriz Sarlo, la renovación que propone *Martín Fierro* “llega para dividir y polemizar”<sup>31</sup>, pero también sabe que debe crear escenas de inclusión: el reconocimiento a los otros cenáculos y revistas –desde *Extrema Izquierda* a *Valoraciones*– es un gesto que número a número contribuye a consolidar una red que si bien abre el espacio para las polémicas –a veces serias, otras jocosas–, también va a permitir la circulación de nombres e intervenciones diversas. Así, por ejemplo, Carlos Astrada va a publicar colaboraciones en *Martín Fierro*, y Borges va a enviar uno de sus ensayos más famosos, “El tamaño de mi esperanza” –que no en vano abre y da título a su segundo libro de ensayos– a la revista platense *Valoraciones*.

Tal como dijimos anteriormente, para constituirse en una de las vertientes relevantes de la vanguardia local, estos jóvenes van a tener que dejar atrás el ultraísmo, básicamente porque necesitan preocupaciones más amplias que los problemas de la metáfora y el culto a la imagen en la poesía, o la liquidación de la estética recargada del modernismo. Para constituirse en una de las vertientes de las vanguardias, va a ser necesario que construyan la pregunta en torno a cómo se escribe y se inscribe una obra propiamente nacional en el canon de la cultura occidental. El primer paso para llegar a esta pregunta es deshacerse del ultraísmo, porque el mismo movimiento que les sirvió para hacerse muy rápidamente de

---

<sup>30</sup> -. No sólo aparece en la sección “Cafés, Redacciones y ‘Ateliers’”, bajo el subtítulo de “Ecos del Simposio” (*Martín Fierro*, segunda época, año I, núm. 4, mayo 15 de 1924 en *MF, op. Cit.*, p. 30), sino también en la poema y la caricatura “Los humoristas” con que se abre el núm. 2: “Son los escépticos, los humoristas, que a Ortiga tienen por capitán” (*Martín Fierro*, segunda época, año I, núm. 2, marzo 20 de 1924, en *MF, op. Cit.*, p. 9). Así como va a ocurrir con los jocosos epítafios, en el acto de nombrarlos, la revista los incorpora –con reconocimientos y críticas– a su corpus.

<sup>31</sup> -. Cfr. Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988, pp. 95 y ss.



una visibilidad y proyección local, los coloca –si perdura en el tiempo- en la situación de epígonos de sus pares españoles. Y esto va a constituir un problema, tanto para *Proa* como para *Martín Fierro*, quien particularmente se esfuerza en anunciar en reiteradas ocasiones que “ya no somos hispanoamericanos”. Así, mientras Guillermo de Torre publicaba mes a mes sus colaboraciones críticas fundamentalmente sobre el ultraísmo, pero también sobre otros movimientos de vanguardia en *Proa*, uno de sus directores, Pablo Rojas Paz, avanzaba violenta y provocativamente desde *Martín Fierro*:

“¿Ejemplo de qué nos puede dar España en estos momentos? (...) Su literatura está constituida, en su gran parte, por comentaristas y glosadores. ¿Qué nos pueden enseñar estos que no sean de segunda mano?”<sup>32</sup>

Ciertamente, para 1924-1925, el problema que tienen *Proa* y *Martín Fierro* es que necesitan distanciarse del ultraísmo sin romper relaciones con el circuito español, fundamentalmente porque dicho circuito era uno de lo que mayor interés manifestaba frente a la producción de los jóvenes argentinos contemporáneos. De hecho, la editorial Calpe publica el libro *Calcomanías* de Gironde –al que Guillermo de Torre le dedica un elogioso artículo crítico en *Proa*-; *Revista de Occidente* –que por esos años contaba con una difusión y un prestigio continental- acoge colaboraciones de Borges y de Gironde, reseña favorablemente a Güiraldes, manifiesta atención frente a las obras de Figaro y Pettorutti, etc. Es decir, para mediados de la década del veinte, cuando recién estaban apareciendo y consolidándose nuevas editoriales, romper abiertamente con los contactos y los lazos españoles que efectivamente facilitaban una difusión continental de autores jóvenes, era un claro despropósito. Pero sin duda, por esos mismos años, tampoco resultaba del todo cómodo, de cara a la escena local, sostener la adscripción al ultraísmo o la insistencia con la que los españoles leían la renovación estética argentina como una “hija dilecta” de la nueva literatura española.

Dicha insistencia es muy clara, por ejemplo, en la “Carta abierta a Evar Méndez” que publica Guillermo de Torre en los números 18 y 19 de *Martín Fierro*: allí, nuestro autor no

---

<sup>32</sup> -. Rojas Paz, Pablo; “Hispanoamericanismo”, *Martín Fierro*, segunda época, año II, núm. 17, en *MF*, op. Cit., p. 112.

deja de subrayar la continuidad entre *Martín Fierro* y el “fervor innovador” de las revistas ultraístas españolas como *Grecia*, *Ultra*, *Tableros*, *Cervantes* y *Cosmopolis*; se empeña en mostrar que son los jóvenes argentinos quienes a través de Gironde muestran un interés en el acercamiento a España y solicitan la colaboración de los nuevos escritores españoles, y – lo que quizás resulta más relevante- celebra el hecho de que Francia ya no es una “inevitable fuente de conocimiento” porque “se acentúa en las repúblicas hispanoamericanas la corriente que las lleva hacia España”.

Debemos que señalar que *Martín Fierro* no le contesta abiertamente a Guillermo de Torre en 1925, salvo que podamos considerar como una respuesta la reseña sobre el libro de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia*, reseña que firma Borges y *Martín Fierro* publica inmediatamente después de la segunda entrega de la segunda entrega de la “Carta Abierta a Evar Mendez”.<sup>33</sup>.

La primera parte de la reseña constituye una enunciación del tema del libro y una encendida alabanza del autor: “Libro tan honesto, tan grande, tan sin chirluras de erudición y de opinión, es casi milagroso en pluma tan joven”. Inmediatamente después de este preámbulo halagador, comienzan las críticas. Ya la primera es una crítica devastadora: Borges le reprocha el afán de construir genealogías, y de acomodar las novedades de las vanguardias en una sucesión lineal donde cada movimiento desplaza y supera al anterior. Como dice Borges, el problema es que

“también podemos retrucarle con su propio argumento y señalarle que esa primacía del viernes sobre el jueves, del hoy sobre el ayer, ya es achaque del jueves, quiero decir del siglo pasado. No Spengler, sino Spencer, es el pensador del despuesismo de Torre”.

Es decir, Borges le está señalando que la aparente modernidad del libro debe mucho a una concepción de la historia propia del siglo XIX. Por si esto fuera poco, la reseña continúa:

---

<sup>33</sup> -. Véase Borges, Jorge Luis; “Guillermo de Torre- Literaturas europeas de vanguardia” en *MF*, Bs. As., año II, núm. 20, agosto 5 de 1925, p. 5.

“Ya me cansó la discordia –dice el autor- y anoto, en son de toda paz, una observación que su lectura afianzó en mí: la influencia irrecusable que los norteamericanos han ejercido en la literatura europea”.

Y, después de destacar los “nombres amplísimos” de Walt Whitman, Emerson y Edgar Allan Poe, concluye afirmando “hoy nos llega el turno a nosotros, los americanos del Sur, los de la sorna y la serena incredulidad”. Por el contexto, es claro que ese “americanos del sur” se refiere al “nosotros, los escritores argentinos”, pero mantener la denominación de “americanos” es relevante para subrayar que América tiene algo que oponer a Europa, frente al libro en general (las literaturas europeas de vanguardia), y frente a Guillermo de Torre y los españoles en particular.

Y quizás es el tópico americanista –tal como fue reformulado por la Reforma Universitaria- el que va a permitir –tanto en *Proa* como en *Martín Fierro* expandir el horizonte de contactos, e incorporar positivamente las referencias al arte, la poesía y la pintura mexicana, la presentación de poetas chilenos –Neruda en *Proa*, por ejemplo- y peruanos; en síntesis, proyectar la propia inclusión en un “nosotros” más amplio, a partir del cual la revista se ubica en diálogo con otras revistas y cenáculos juveniles como parte del “despertar intelectual de América Latina”.

Sabemos que Pluet-Despatin ha utilizado el concepto de “estructura de sociabilidad” de J.F. Sirinelli en el estudio de las revistas como forma de intervención cultural. En este sentido, considera que la revista conforma “una agrupación permanente o temporaria, con algún grado de institucionalización, en el que se elige participar”<sup>34</sup>. Vistas desde esta perspectiva, podríamos sugerir que tanto la segunda época de *Proa* como *Martín Fierro* –cada una de acuerdo a las potencialidades y limitaciones de su formato y estilo- lograron sumar a distintas capas de colaboradores –jóvenes locales, americanos y españoles-, que más cerca o más lejos del “núcleo activo” de las respectivas revistas, participaron de estos “laboratorios de ideas” aportando sus propios ensayos, tensiones y conflictos acerca de cómo debería darse la construcción de esa “voz propia”. No siempre la síntesis entre

---

<sup>34</sup> -. Cfr. Sirinelli, J-F; “Le hasard ou la nécessité ? Une histoire en chantier : l’histoire des intellectuels“, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 9, janvier-mars 1986, pp. 97-108 y Pluet-Despatin; Jacqueline; “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues” en *Les Cahiers de L’ IHTP*, nº 20, marzo de 1999, número especial “Sociabilites intellectuels : lieux, milieux, reseaux”, pp. 125-136

“vanguardia y criollismo”<sup>35</sup> logro consumarse en las páginas de estas revistas –tal como lo muestran los fuertes recelos y críticas que suscitaron los primeros ensayos de Borges, frente a la exaltación de *Don Segunda Sombra* de Güiraldes-; pero al menos ambos emprendimientos lograron instaurar –una vez más- el problema del “idioma de los argentinos”, el problema de en qué lengua se escribiría aquella obra, genuinamente nacional, que ingresará en el canon de la cultura occidental.

---

<sup>35</sup> -. Véase Beatriz Sarlo, “Vanguardia y criollismo: La Aventura de *Martín Fierro*” en Altamirano, C. y Sarlo, B.; *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina/Colección Capítulo, 1983, pp. 127-171.